

 Seix Barral

Luce d'Eramo

Desviación





Seix Barral Biblioteca Formentor

Luce d'Eramo

Desviación

Prólogo de Nadia Fusini

Traducción del italiano por
Isabel González-Gallarza

Título original: *Deviazione*

© Giacomo Feltrinelli Editore, 2012

Publicado por primera vez en noviembre de 2012 por Giacomo Feltrinelli Editore, Milán, Italia

© por la traducción, Isabel González-Gallarza, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: febrero de 2018

ISBN: 978-84-322-3340-1

Depósito legal: B. 1.003-2018

Composición: La Letra, S. L.

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

THOMASBRÄU

Me ha sido facilísimo fugarme.

En el campo de Dachau formaba parte del grupo asignado a la limpieza de las cañerías de desagüe de la ciudad de Múnich. A bordo de camionetas, en pelotones de veinte personas, equipados con palos y cepillos, salíamos todas las mañanas de la ciudad.

Limpiar las alcantarillas es un trabajo más variado de lo que puede parecer a primera vista: hay distintas gradaciones.

A veces hay que levantar una placa metálica en una acera y meterse en la fosa atravesada por un grueso tubo del que sale en vertical un corto codo cerrado. Se destapa este codo y se introduce dentro el palo, moviéndolo para desplazar las heces amontonadas. Hay que agitarlas y revolverlas para que no vuelvan a resbalar.

Otras veces limpiábamos los retretes y las cañerías de fábricas y edificios públicos. O nos llevaban al gran canal de desagüe y por las aberturas empujábamos con largos palos las heces estancadas y echábamos encima agua y ácidos corrosivos; y toda esa descomposición mefítica se alejaba veloz como una corriente infernal. Entonces fijá-

bamos los cepillos en los palos y frotábamos las paredes del canal.

Pero lo peor era cuando nos llevaban a las aldeas a vaciar los pozos negros: allí no hay cañerías. Cuando los pozos negros están llenos hay que vaciarlos con cubos y, una vez hecho esto, bajar al interior. Sólo entonces nos daban máscaras y botas de goma, y estábamos metidos en la mierda hasta que hubiéramos acabado.

Muchos enfermaban, y había quien moría intoxicado.

Había también días buenos en los que los excrementos no obstruían las cañerías, los retretes públicos funcionaban bien y el «canal grande» fluía sin atascos; entonces nos elevaban al rango de esparcidores de estiércol, llamados *Mistbreiter*.

Nos enviaban a las fábricas. Íbamos a los establos y, con las horcas que allí nos entregaban, cargábamos el estiércol en los carros. Después seguíamos los carros a pie hasta los campos lejanos. Una vez allí, los carros se detenían cada diez metros, el campesino volcaba un montón de estiércol, y nosotros teníamos que esparcirlo alrededor.

Hundía la horca en el montón y, contrayendo los músculos, la levantaba con un tirón rápido y violento que la hacía emerger con una carga excesiva de estiércol y, cuando me disponía a esparcirlo alrededor, mis músculos cedían, la horca oscilaba y caía. Entonces volvía a hundirla en el montón, tratando de extraerla despacio con un esfuerzo continuado y, cuando ya me alegraba al notar que subía sin obstáculo, veía aparecer sus dientes largos y desnudos con apenas unas hebras de estiércol entre ellos.

Para escapar, lo ideal era aprovechar los bombardeos inesperados durante el tiempo de trabajo, cuando no había alarma previa, y la incursión aérea enemiga era tan

imprevista que sorprendía a los guardias, y éstos nos reunían a duras penas.

Así fue como me las apañé yo.

Me informé mucho, con cautela, porque los nazis habían conseguido que desconfiáramos unos de otros; los internos no favorecen a quienes quieren escapar del campo porque cada fuga redobla la vigilancia y trae consigo castigos y penas añadidas a los que se quedan, ni los fugados dan noticias suyas porque temen ser denunciados por prisioneros incapaces de resistir a las torturas o a las promesas de recompensa.

En medio de esta tensión logré enterarme de que en la ciudad de Múnich, a unos quince kilómetros, muy cerca del Organismo del Trabajo, existe lo que llaman un *Durchgangslager*,¹ donde se ocultan los fugitivos a la espera de encontrar un lugar más seguro. Nosotros lo llamamos el Thomasbräu, por la cervecería Thomas adyacente. Guardé celosamente ese punto de referencia como si se tratara de un amigo importante cuyo nombre fuera Thomas, y Bräu el apellido.

Me dijeron en Dachau:

—Ya puedes dar gracias de que no te hayan mandado a uno de sus burdeles. Con diecinueve años y siendo mujer, qué esperabas... ¿la libertad en el Tercer Reich?

Pero una tarde que nos trasladaron a Múnich, mientras trabajábamos en las alcantarillas de un barrio del centro, suena la alarma, seguida de inmediato por unos ruidos sordos. La gente huye, yo me escondo en un portal, desde allí corro a otro, a un callejón, me pego a la pared en un hueco, entre el delirio de las bombas, acechando a un lado y a otro me deshago de mi indumen-

1. Campo de tránsito.

taria de trabajo. No me sigue nadie. Sin dejar de correr llego a la estación, donde supongo que estaré más a salvo de los chivatazos, pues nadie se refugia allí durante los bombardeos.

Bajo la nieve, que cae oscilando distraída, me dirijo a las vías muertas donde se acumulan los desperdicios, afloran entre la nieve para dejar patente su miseria, y me atraen como viejos y tristes amigos. Me adentro entre los restos de raíles arrancados que se yerguen retorcidos aquí y allá, y me siento detrás de una caseta sobre una barra herrumbrosa que asoma torcida entre un montón de escombros.

Las bombas se suceden a un ritmo obsesivo y rompen como las olas de un mar tempestuoso. No tengo miedo porque cada estruendo es mi cómplice.

Cuando veo que los aviones se dirigen a la zona opuesta de la ciudad, me levanto en busca de un refugio donde esconderme y confundirme entre la gente.

Recorro calles desiertas entre la nieve vibrátil hasta toparme con la boca de un subterráneo que parece una estación de metro en construcción; bajo las escaleras y desemboco en un pasillo ancho y largo lleno de pobre gente; se trata, pues, de un búnker para extranjeros. Los observo ávidamente como si quisiera hallar el rostro de la libertad: tienen la boca y la mandíbula caídas y una vaga expresión de desconfianza. Nadie repara en mí.

Cuando suena el cese de alarma, le pregunto al italiano de aspecto más abierto y cordial dónde está el Organismo del Trabajo.

—¿A estas horas? —Mira su reloj.

—¿Qué hora es?

—Las ocho. Ahora está cerrado.

—Da igual. ¿Dónde está?

El italiano recoge del suelo un trozo de papel amarillo arrugado, lo alisa cuidadosamente sobre la pared y, bajo la débil luz de una bombilla que cuelga del techo, me traza a lápiz un plano de las calles que tengo que recorrer.

Otros italianos me rodean.

—¿Eres italiana?

—Sí.

—¿De dónde?

—De Roma.

—¿Caíste en una redada?

—Sí.

—¿Hace mucho?

—Sí.

—Ninguna novedad entonces.

No me preguntan más. Se prodigan en explicaciones para que entienda dónde tengo que ir.

Uno dice:

—Puedes preguntar en Sendicatorplatz. —Más tarde descubriré que el verdadero nombre es Sendlinger-Tor-Platz, que ningún extranjero ha sabido pronunciar bien jamás.

Otro le da un empujón.

—¿No entiendes que no puede preguntar?

—¡Ah!

Me observan sin curiosidad. ¿Quién sabe si podrán ayudarme? Pruebo a preguntar:

—¿Vosotros dónde trabajáis?

—En la Siemens. Hoy es día de permiso.

—¡Sí, ya ves! —comenta otro, escupiendo en el suelo—. Y míranos, apiñados aquí dentro.

—Vente si necesitas algo.

—Estamos en el barracón dieciocho del primer campo.

—Pero ten cuidado.

Se despiden y se van.

Yo no sé qué hacer y me escondo en un rincón. La gente sale, no aparece ningún guardia alemán. Las tenues bombillas se apagan. Espero en el silencio inseguro.

Me despierto aterrada porque me he quedado dormida sin querer y temo que se me haya hecho tarde. Salgo, ya es noche cerrada, sigue nevando, aquí y allá algunas farolas de cristales oscurecidos proyectan una luz misteriosa sobre las casas duras, sobre las calles que la nieve vuelve aún más rectas.

Camino siguiendo el recorrido trazado sobre el papel amarillo, vago tranquila por las calles que la blancura vuelve uniformes, en una soledad alucinante, acariciada por la nieve que me confunde.

El Organismo del Trabajo tiene que estar por aquí, pero no distingo ningún lager, no veo barracones ni alambradas, no circulan guardias. Sólo hay casas iguales de tejados blancos calados sobre las fachadas grises como viseras hostiles, que me cierran el paso a cada rato para echarme de allí.

Estoy agotada por el frío, el cansancio y el hambre.

Una sombra furtiva se escabulle delante de mí, me ve, se para y me observa. Es un joven rubio y delgado, alerta, los ojos como dos rendijas. Parece extranjero. Espero a que diga algo, pero se queda callado. Igual espera a que hable yo primero. Levanto despacio la mano en un gesto de saludo. Me imita. Quisiera llamarlo, pero me da miedo el sonido de mi voz en el blando silencio. Levanto otra vez la mano para indicarle que se aproxime a mí.

Se acerca, con la mano derecha en el bolsillo.

—¿Qué quieres? —me pregunta en francés, mirándome de arriba abajo. Su voz es queda como la nieve y no quiebra el silencio.

—¿Eres francés? —le pregunto a mi vez en su lengua.

—Sí. ¿Y tú?

—Soy italiana, pero he nacido y crecido en Francia.

—¿Qué quieres?

De pronto siento una gran confianza.

—Thomasbräu —contesto.

Una sonrisa fugaz, cordial y desdeñosa, asoma en su rostro descarnado e inmóvil.

—Ven conmigo.

Anda deprisa, sin ruido, sobre la nieve virgen, y yo me esfuerzo por no quedarme atrás.

Al doblar una esquina se vuelve y me dice:

—Date prisa.

—Sí —asiento con premura, y me apresuro con la sensación de que mis pasos producen un terrible estruendo mientras que los suyos son mudos.

Llegamos ante un muro. El francés se detiene.

—Trepas sobre mí y salta.

Intento encaramarme a él, pero en mi torpeza me quedo atascada, a horcajadas sobre su espalda, incapaz de moverme.

El francés suspira.

—Baja —me ordena con brusquedad.

Obedezco. Entonces me levanta a pulso, apenas me da tiempo a asombrarme de su fuerza (es la libertad, pienso jubilosa).

—Agárrate al borde del muro, cuidado con las esquirlas de cristal.

Hago lo que me dice, pero me corto en una mano.

—Apoya los pies en mis hombros. Y ahora pasa al otro lado.

Un salto, y acabo sentada en el suelo, al otro lado del muro. Con un brinco ágil el francés aterriza a mi lado, me levanta, me coge de la mano y me guía.

Estamos en un amplio patio en el que se recortan las siluetas macizas de vehículos difuminados por la nieve. En el suelo, las rayas blancas y luminosas que han dejado los neumáticos dibujan rombos y arabescos.

El francés se detiene.

—Qué bonito —dice, dirigiendo la mirada a las rayas—: parece que quisieran decir algo. —Me mira y vuelve a sonreír como antes.

—¿Cómo te llamas?

—Lucie.

—Yo soy Louis.

Reanuda el paso sin prisa, encendiendo un cigarrillo. Tengo miedo de que alguien asome de detrás de un camión, pero no me atrevo a decirlo.

—¿Está lejos? —pregunto mientras cruzamos despacio el patio, como si paseáramos.

—Ahí. —Me señala una puertecita en la que no había reparado, en el muro de enfrente, que no es un muro, sino la pared ciega de una casa.

Siento una punzada que me deja helada.

—Louis.

—¿Sí?

—Me refería al lager de Thomasbräu.

—Ya lo sé.

Llegamos a la puertecita. La abre empujándola con el costado. Entra, zapatea con fuerza para sacudirse la nieve de encima, tira de mí hacia dentro y cierra la puerta de una patada. Enciende la luz.

Estamos en un zaguán de suelo resbaladizo lleno de escupitajos y de suciedad, una tubería corre por una pared, describe un ángulo recto y termina en un grifo fragoroso, erguido en el aire como una serpiente, que vierte el agua con estrépito en un cubo, el agua salpica

sobre el suelo y fluye en regueros presurosos hacia la puerta.

Louis coge el cubo, arroja el agua en un rincón y lo deja en el suelo del revés.

—Siéntate —dice.

Él se acuclilla frente a mí.

—¿No te gusta? —pregunta con irónica ingenuidad.

—Sí, mucho.

—¿De dónde vienes?

—De Dachau.

Suelta un silbido admirativo. Se concentra y dice:

—A ver, Thomasbräu es oficialmente el campo de selección del Organismo del Trabajo, donde están los extranjeros a la espera de un nuevo puesto o de ser repatriados, de que se formen nuevos convoyes en los que integrarse porque, por si no lo sabes, ninguno de nosotros, ni siquiera los trabajadores libres vendidos, tiene derecho a viajar por su cuenta.

—¿Y no es peligroso?

—¿Peligroso? —dice con una risita maliciosa—. En absoluto: aquí estamos a salvo. ¿Quién está mejor informado que nosotros de las inspecciones, los rumores sobre los fugados, las sospechas?

—¿No hay soplones?

—¡Qué va a haber soplones! En el campo están también los que de verdad esperan decisiones del Organismo del Trabajo, de hecho hay bastantes y cambian todo el rato, se alternan, los que han encontrado colocación se van, y llegan los novatos. ¡Siempre hay caras nuevas! ¿Cómo van a poder los alemanes distinguirlos a todos? La mayoría de los nuevos no tiene papeles, es gente detenida en redadas en la calle, idiotas deportados por error, voluntarios por pura desesperación. Si uno de nosotros

acaba por despiste en un recuento, no tiene más que contestar decidido a un nombre cualquiera, y listo.

—¿Y los nuevos no se van de la lengua?

—¿Y ellos qué saben? Nosotros no les contamos nada, ¡sólo faltaría!

—Pero ¿y durante el recuento?

—¡Se están callados! Están muertos de miedo. Estate tranquila, de verdad que no dan guerra: se pasan el día escondidos y no van a Thomasbräu.

—¿La cervecería?

—Sí.

—¿Y los alemanes?

—¿Cuáles?

—Los del Organismo.

—A éstos no se los ve nunca. Nosotros vamos a última hora de la tarde, cuando están comiéndose el tocino en su casa, o de día, en horario de oficina, cuando están ocupados con el papeleo.

—¿El de la cervecería no es un soplón?

—¡Y dale con los soplones! Nadie le paga mejor que nosotros. No le conviene.

—Pero ¿de dónde sacáis el dinero?

Louis se pone de pie irritado, me mira con condescendencia, como diciéndome: no vayas de lista conmigo.

—Anda, vete a dormir.

Yo también me levanto.

—¿Dónde?

—Ahí. —Me señala con la mirada una puertecita destartalada al fondo del zaguán.

No me atrevo a moverme. Me da miedo quedarme sola. Y, por decir algo, le pregunto:

—¿Por qué tienes siempre la mano en el bolsillo?

Louis saca el revólver.

Tropiezo con el cubo.

—Pero ¿tú de dónde sales? —Sonríe entre dientes.

Desgarbado, esmirriado incluso, pero rápido, con un toque felino en los gestos y la actitud. Viste un mono azul, tiene la espalda erguida y la cabeza alta sobre un cuello nervioso y robusto. Sus rasgos son un poco afilados, como de garduña, los ojos pequeños y vivos, de color cambiante, ahora muy oscuros, y una boca que es una rendija casi sin labios; lleva peinado hacia atrás el cabello rebelde, rubio como la madera de castaño, y su expresión es íntimamente dura.

Vuelve a guardarse el revólver en el bolsillo y saca la mano. Parece más conciliador.

—Es la fuerza de la costumbre.

—Entiendo —digo. (¿Cómo habrá conseguido esa arma?)—. Perdona —añado.

Me escruta.

—Eres una... —empieza diciendo, y se calla. Sigue mirándome y, sin mover la cara, por un lado de la boca escupe la colilla como un proyectil—. Te han educado para no mancharte las manos, ¿eh? —Ríe con una mueca fugaz. Le devuelvo la risita. Nos miramos largo rato a los ojos—. ¡Pues qué suerte la tuya! —suspira. Se vuelve bruscamente y va a cerrar el grifo—. Qué pesadez de agua, ¿no? —Me observa de nuevo y dice—: Vamos. —Se dirige a la puertecita destartada, empujándome delante. La abre con cuidado.

Veo ante mí un cuartucho en penumbra lleno de bultos a los lados, son los jergones en las literas, y me asalta el tufo a sudor de la humanidad hacinada en ese ambiente cerrado.

Reconozco mi mundo de Dachau. Tanto esfuerzo para acabar en el mismo sitio.

Me quedo parada en el umbral.

—¿Tienes miedo? —me susurra.

—Sí.

Louis se adentra y desaparece entre las literas. Oigo las respiraciones, trabajosas y roncadas, que se mezclan en la oscuridad hasta hacerse indistinguibles. Vuelve a aparecer al rato, me coge de la mano y me guía por los estrechos espacios hasta un rincón donde hay dos jergones vacíos.

—Ponte ahí —murmura, y se va. Alguien gime y se mueve entre siniestros crujidos.

La luz del zaguán se apaga. Reaparece la silueta de Louis y se tiende en el jergón que hay a mi lado.

Enciende un cigarrillo y, en el breve resplandor de la cerilla, cobra relieve la litera de arriba, el eterno baldaquín de los lager, presuntuoso y grotesco en su consunción. Louis saca una manta de debajo de su jergón y me la arroja.

—Tápate.

—¿Y tú?

—Yo no tengo frío.

—¿Duermes aquí?

—Sí.

Al cabo de un rato me alarga una tableta de chocolate.

—Come.

La palpo porque me parece mentira.

—Gracias.

La saco despacio del fino papel de estaño que mi tacto ha olvidado y que ahora se detiene a disfrutar de la delicada sensación.

Mientras tanto, en la pesadez del aire afloran sonidos más distinguibles, risas ahogadas, gemidos, bultos que se mueven como un ondular de masas. Las armazones de madera parecen entregarse sin disimulo a una agitada vida nocturna.

—Louis.

—Lucie.

—¿Es un burdel *suyo*?

—Follamos entre nosotros. —Pausa.

—¿Los hombres entran libremente?

Louis se vuelve de lado:

—¿Acaso crees que los señores nazis se van a dar el lujo de tener por separado a hombres y mujeres?

—En Dachau... —empiezo a decir.

—Allí sí, pero aquí no —me corta él—. Por puro capricho, querida. Allí sí, porque es más fácil vigilarlos estando separados y porque la abstinencia es un castigo. Aquí no, porque una organización como ésa sería demasiado incordio para un lager provisional, y está bien que, nada más entrar en Alemania, los extranjeros sepan que no son más que cerdos. —Pausa—. ¿Lo pillas? Razas inferiores.

—Sí.

—¿Vosotros allí no os acostáis? —pregunta con fingida ingenuidad.

—¿En Dachau?

—No pronuncies ese nombre, idiota.

—Algunas hacen el amor, pero los hombres entran a escondidas y se juegan la vida.

—¡Lo que te decía! —Se ríe—. ¿Y tú?

—Yo no.

Al cabo de un rato, Louis responde:

—Pues qué pena. —Y se vuelve de espaldas.

Una gran mano avanza hacia mí desde el espacio que me separa de la otra litera. Palpa la manta. A la mano sigue un brazo, y se perfila un rostro hirsuto.

Se me seca la garganta. Extiendo el brazo hacia Louis. Éste se incorpora de golpe.

—¿Qué pasa? —Enciende una cerilla. Propina un golpe seco sobre los dedos que ya habían llegado a mi pecho.

La mano se retira como un dispositivo mecánico.

—Déjala en paz, es mi novia —sisea Louis.

El rostro hirsuto desaparece con un gruñido.

Louis se cambia de jergón conmigo. Me quedo mirando al vacío. Delante de mí, en la litera de arriba, voy distinguiendo en la penumbra una confusión de cuerpos de la que asoman brazos y piernas entremezclados que se extienden y se contraen como múltiples antenas ciegas de enormes babosas. Cierro los ojos, hasta mi nariz llega el olor rancio de la manta.

—¡Un poco de orden! —lanza una voz excitada.

—¡No os caigáis encima de mí! —grita otra entre jadeos.

Como si se hubiera dado rienda suelta a una locuacidad contenida, ahora brotan a borbotones indirectas, alusiones y obscenidades. Alguna que otra voz soñolienta pide silencio sin mucho brío.

Es cierto, evadirse sólo es un remedio exterior, no altera lo esencial.

Louis no está dormido, enciende un cigarrillo.

—No llores —me susurra. Se inclina hacia mí—: Son unos pobres granujas.

Al saberme descubierta lloro sin reserva.

Cuando despierto me siento como aplastada: hay mucha gente de pie, inclinada hacia delante, con la cabeza debajo de los travesaños de las literas superiores, confabulando junto a los jergones; otros están sentados arriba, con las piernas colgando, algunos más se amontonan en los huecos estrechos entre las camas, con la espalda apoyada contra la madera. Rostros anémicos e hipócritas,

profundas ojeras, postes de madera corroída y miserable, mugre profunda.

Sin embargo, observando a esos seres sórdidos e inquietos, siento que pertenezco desde tiempo inmemorial a esta miseria que respira a mi alrededor como el aire cenagoso sobre el junquillo abandonado.

El jergón de Louis está vacío. Hay un paquete con mi nombre. Lo cojo y lo abro: encuentro un gran pedazo de pan con dos salchichas. Nadie habla conmigo. Me escondo el paquete en el mono. Voy al zaguán a lavarme, meto los brazos en el cubo y me restriego la cara con el agua cortante.

La voz corre como un vendaval:

—Policía.

El campo se vacía. Salgo; a la izquierda de la puertecita, en el patio, hay una cancela por la que todos salen con manifiesta desenvoltura y se desperdigan por la calle.

Llueve. La nieve se ha descompuesto en una flácida grisura.

Voy hasta un cementerio desolado y acogedor. Entro, no hay cruces ni cipreses. Parece el parque avejentado de un castillo encantado donde todos se hubieran convertido en piedra. Paseo despacio y rezo al azar, como cuando era niña y me entretenía mirando por la ventana a los viandantes y recitando en mi cabeza el ángel de Dios para figuras fugaces que elegía a mi capricho.

Saboreándolo despacio, me como el pan con salchichas y paso así el día hasta que, volviéndome deprisa, reparo en que las sombras se ensanchan por todas partes como manchas absorbentes y que la luz baja cada vez más filiforme y tenue entre la red de las hojas de los árboles. Salgo corriendo, me topo con una caseta roja que surge desnuda en mitad de la acera y vuelvo al campo.

Me tumbo en mi jergón en el rincón más oscuro. La penumbra se vuelve más densa. No se ve a Louis por ninguna parte. Tengo miedo de que no vuelva. Debería trabar relación con alguien. Pero ya desde Dachau me he puesto un objetivo: pasar inadvertida, confundirme por completo con la masa.

No quiero morir.

Ahí está Louis por fin. Me incorporo en el jergón. Me saluda inclinando hacia atrás la cabeza.

—Ven.

Lo sigo feliz.

Se vuelve hacia mí y me guiña un ojo.

—Vamos a conocer Thomasbräu.

En la niebla desleída por el rojo disperso del crepúsculo, me parece, en mi alegría inesperada, que las casas y las ventanas irregularmente iluminadas me hacen gestos, como los rostros aturcidos y brillantes de los parroquianos entre el humo de una taberna abarrotada.

Es como si las cosas despertaran de un blando torpor. También Louis está distinto que ayer.

Entramos en Thomasbräu. Una sala con sólidos bancos y mesas, jarras de cerveza y paredes revestidas de madera hasta media altura de las que en lo alto cuelgan nobles cornamentas de ciervo de distintos tamaños y formas. Mucha gente que alborota, extranjeros.

A la derecha, otra sala con mesas pequeñas, íntimas, adornadas con manteles blancos y jarroncitos con flores, clientes tranquilos, orquestina delicada, la sala de los alemanes. Louis me instala en la sala de madera junto a una pareja a la que saluda con un rápido gesto del índice derecho y se sienta a mi lado.

—Ésta es Lucie. Estos compañeros te protegerán,

porque yo no estoy mucho en el campo, por eso te encomiendo a ellos. Ya saben quién eres.

La mujer es joven, de tez muy blanca, con unos ojos azules dulces y fríos y el pelo corto y despeinado, y se encuentra en avanzado estado de gestación. El hombre es muy moreno de piel y cabello, con ojos oscuros, es mayor que ella y tiene el rostro surcado de arrugas típico de los campesinos del sur. Se apresura a explicarme, en el francés titubeante de los emigrantes, que la «señora» es polaca, mientras que él es siciliano.

—Yo también soy italiana —le digo riendo.

—Ah —asiente con un gesto severo—. Bien. —Y a continuación me cuenta la historia de su compañera—: A su marido, un patriota polaco, lo han fusilado los nazis, y a ella la han deportado a Alemania y la han metido aquí hasta que dé a luz. Después, al parecer, lo que quieren es fusilarla. —Gesticula al hablar, pero con un tono de voz mesurado que de vez en cuando le detiene las manos en el aire—. Yo la amo, quiero adoptar a su hijo, no harán de él un nazi. —Se le contrae el rostro. Relaja las mandíbulas—: Me quiero casar con ella —dice, inclinando ligeramente la cabeza al mirar a su amada—. Es muy inteligente —añade sonriendo—, ya está aprendiendo un poco de italiano. Yo trabajo para un civil alemán y estoy buscando una escapatoria. Tengo menos de dos meses —declara con un destello de loca determinación en los ojos.

La mujer lo mira con ternura paciente. El siciliano prosigue:

—Louis me ha dicho que vele también por ti. Así que quédate siempre cerca de Dunja, nadie te hará daño.

La mujer me sonrío.

Louis mira el reloj.

—Os dejo. Tengo que irme.

—Vete tranquilo —le contesta el siciliano en francés, palmeándole el hombro con cierta deferencia.

Louis se despide de todos con un gesto de la mano y se aleja sin mirar atrás.

De vuelta en el campo me tumbo junto a Dunja.

Los días se suceden sin sobresaltos.

Louis viene de vez en cuando para invitarme al cine. Habla poco. A veces lo sorprendo observándome a escondidas, pero en cuanto ve que me he dado cuenta ya no me mira en toda la noche.

El siciliano me da de comer.

—Gracias. Pero ¿cómo puedo devolvértelo?

—No te preocupes. Es Louis quien provee. Yo soy un simple intermediario.

—Pero ¿cómo voy a devolverle a Louis todo lo que hace por mí?

—No te preocupes. Si no te ha pedido nada, es señal de que no quiere nada.

La puertecita del campo da al patio de una fábrica de hielo en la que trabajan los prisioneros de guerra franceses que se alojan en las plantas superiores de nuestro edificio.

Yo nunca he subido a su lager, pero dicen que tienen mucho más espacio que nosotros y más comodidades. Se trata de militares franceses que se han negado a convertirse en trabajadores civiles. Me entero de que están doblemente bien porque todo el mundo los respeta casi como a héroes de la Resistencia, trabajan a dos pasos de donde viven y cobran una paga, también reciben paquetes de la Cruz Roja con regularidad, tienen un uniforme

decente que este mismo organismo les renueva periódicamente, infunden cierta sugestión a los alemanes a los que de tanto en tanto regalan a escondidas migajas de golosinas como café o chocolate de los paquetes, y por último tienen todas las mujeres que quieren, ya sea entre las alemanas, atraídas por los dulces, por el viril uniforme militar y el elegante ambiente francés, o entre las mujeres de nuestro campo, que suspiran por ellos como si fueran príncipes azules y a las cuales éstos recurren sólo a falta de algo mejor, con cierta condescendencia altanera. No parecen politizados, a diferencia de otros que he conocido antes. De hecho, de la planta baja, donde rara vez ponen los pies, desprecian más a los forajidos desbandados que a los recién llegados. Sólo se asoman para escoger entre éstos a alguna muchacha apetitosa y dócil.

La planta baja, por su parte, les devuelve con creces el desprecio llamándolos en bloque «los legales de arriba».

Nosotros somos los ilegales.

Con todo, no molestan y es para ellos una cuestión de honor no saber nunca nada cuando los alemanes los interrogan sobre alguno de nosotros. Y cuando tienen turno de noche en su fábrica, no se interesan lo más mínimo por lo que hacemos en su patio.

Por el otro lado, nuestro extraño campo da al patio del Organismo del Trabajo: un patio bastante sucio, rodeado por pabellones bajos de cristales esmerilados cubiertos de polvo.

De vez en cuando hago cola con los recién llegados para recibir como ellos una escudilla de sopa de verduras y dos rebanadas de pan, ración diaria distribuida por el Organismo a los que de él dependen.

Pero aparte tengo mis propios ingresos.

Voy a Thomasbräu con un grupito de compañeros. Los nuestros me han encargado que venda sus cigarrillos en el mercado negro a los alemanes de la sala noble, esa que tiene manteles de tela en las mesas, pulcros tapetitos y jarrones de flores. Recibo una comisión por este trabajo. Me basta con echar un vistazo para distinguir enseguida a los alemanes con migraña, a los que se espantan de la ruidosa juerga de nuestra sala, a los circunspectos y severos, y a los indulgentes, especialmente los jóvenes y los militares que observan divertidos nuestro ir y venir.

Suelo cambiar los cigarrillos por bonos de alimentos. Esto nos permite comer y cantar hasta la madrugada. A veces me siento en un rincón y me repito: «Aquí no haré como en el K-Lager. Aquí aguantaré. Aguantaré hasta el final. Nada de imprudencias. Seré siempre una de ellos, como ellos y nada más».

Pero por lo general estamos sin blanca y les dejamos prendas a las camareras de Thomasbräu que luego nunca retiramos. Objetos robados.

Hay una camarera bajita y jorobada, una solterona que siente mucha lástima por todos nosotros y se deshace en suspiros compasivos, pero es una astuta y avidísima usurera, con ojos saltones como de mosca.

En cualquier caso, la mayor parte del tiempo la pasamos en el campo, donde matamos las largas horas del día despiojándonos.

Nos desnudamos en un rincón y, a la raquítica luz que se filtra por los cristales de las ventanas, una luz gris de patio, todas las mujeres rebuscamos entre la ropa, a la caza de estos insectos repulsivos, los reducimos a una bola entre los dedos como hacen los niños con los mocos, y los aplastamos. Yo tengo una piedra plana especial para ello. Algunos son muy grandes, grises con ra-

yas claras, avanzan tambaleándose porque les pesa la tripa, otros tienen manchas oscuras, los hay también muy negros, éstos son los más feos, los más vivos, pululan como gusanos. En la penumbra color fango del barracón, bajo las telarañas de luz, esos milpatas agarrados a la tela de la ropa y de las mantas relucen como el bronce.

Ya desde Dachau siempre me he dado mucha maña: de noche me despierta un picor muy familiar, palpo despacio, agarro el bicho de repente y lo tiro al suelo, sin molestarme siquiera en aplastarlo.

He descubierto también que los piojos dan calorcito.

Louis tenía razón. No es en absoluto peligroso vivir a pocos metros del Organismo del Trabajo. Casi se diría que nuestra ilegalidad es hija natural del Organismo, y ahora a veces hasta me extraña mi asombro de antes, cuando este hecho me parecía una contradicción.

Como en los países cerrados donde la rigidez de las costumbres es extrema, el incesto y el adulterio prosperan con mil tentáculos en el seno de la familia, protegidos por la ley del silencio sin que nadie los perturbe, siempre que se mantengan las apariencias, alimentados por la propia intransigencia de las costumbres, de igual manera somos nosotros el producto más auténtico de la gran maquinaria nazi, que fabrica el control y la disciplina más obsesiva que existe, y es, por lo tanto, lógico y justo que estemos protegidos bajo su ala.

Gracias a la seguridad que me da este descubrimiento elemental, me muevo sin recelo en el área del Organismo del Trabajo, riéndome de mis angustias del pasado.

He hecho incluso varias visitas al propio edificio del Organismo para escuchar las habladurías de algún que otro fugado alarmado.

Es un edificio amarillo de paredes agrietadas, con infinitos pequeños despachos a ambos lados de interminables pasillos, grandes ventanales por los que entra una luz blanca y pasiva, escritorios con empleados pálidos y amodorrados, largas columnas de trabajadores acostumbrados a mostrarse obsequiosos, pero algo decepcionados por la exánime impersonalidad de la ley. Dispuestos a sufrir el cansancio de horas de espera ante las estrechas ventanillas, en las que los trámites de entrega y recuperación de los documentos que allanan el camino de la seguridad social resultan a propósito dificultosos y complicados.

Ocurre a veces que algún alemán escoltado por dos SS irrumpe de repente en el campo durante el recuento vespertino o en cualquier otro momento y, tras apostar a los guardias en las salidas, exige la documentación a todos los presentes.

Ha habido alguna que otra redada provechosa. Pero, teniendo en cuenta la intensidad de la vida ilegal allí donde estamos nosotros, las probabilidades de detención son mínimas comparadas con las de otros lugares, por lo que no merecen seria consideración.

Me entero de que Louis está particularmente buscado por la policía.

Pero por lo general las inspecciones son inocuas. Algunos alemanes entran rápidamente y con mucha prisa por marcharse de este lugar torvo e insidioso.

Si no me da tiempo a esconderme debajo de una cama, me pego a ellos, los precedo, repito los nombres abstrusos de los extranjeros que ellos no entienden, articulo las sílabas con claridad, los acompaño hasta la puerta, y ellos olvidan cada vez pedirme a mí también la documentación.